

Vámonos á Madrid; es un capricho,
Mas mi padre perdone
Que á Patencia heredándole abandone,
Que Madrid es mi patria, y está dicho.
Damian, en este punto
Los caballos ensilla,
Y el claro sol al despuntar mañana
Que fuera nos encuentre de Castilla.
¿Qué distancia en don Juan menester era
Para obrar y pensar de una manera?
Todo era en él lo mismo, en un momento,
Arregló sus negocios
Conforme al concebido pensamiento,
Y á las diez poco mas de una mañana
Salió sobre una yegua jerezana
Mas ligera que el viento,
Y tres dias después desde la altura
Del cano Guadarrama.
De Madrid contemplaba la llanura,
Donde sus nieves pródigo derrama.

III.

AVENTURAS DE NOCHE Y DIA.

En aquel mismo aposento
De la casa de Sirena
En que trabó don Gonzalo
Con don Juan una pendencia,
Tienen ahora trabada
Plática amorosa y tierna
La ambiciosa bailarina
Y don Lope de Aguilera.
Ya sabes, lector discreto,
De muy atrás quien es ella;
Voy pues á darte noticias
Del galan que hoy la corteja.
Es don Lope un mozo ilustre
A quien de la edad mas tierna
Sus padres en Salamanca
Dedicaron á las letras.
Aplicóse él de tal modo
O lo hizo de tal manera,
Que se plantó la golilla
De años veinte y dos apenas.

La curia escandalizóse,
De tan imberbe colega
Teniendo á menos el lado
Con justísima vergüenza.
Murmuraron los doctores,
Y alborotóse la audiencia;
Mas él les tapó la boca
Con su suerte y sus riquezas.
Presentóse el noble mozo
Con impávida insolencia
Al tribunal, despachando
Sus negocios con franqueza,
Y sus buelillos de encaje,
Y sus hebillas con perlas,
Y sus pajes ataviados
Con magnificas libreas,
Apararon los murmullos
É hicieron al fin domésticas
Las voluntades agrestes
De la turba descontenta.
Tornóse el ceño en sonrisa,
En cortesía la befa,
En rendimiento el desden
Y la repulsa en ofertas.
Y en fin, el poder que el mozo
Tener en la corte muestra
Cambió en baja adulacion
La ojeriza golillesca;
Mas él despues de humillarlos
Dióles no mas por respuesta
De alcalde de casa y corte
La que recibió real cédula.
Pues rico en merecimientos
Con tamañas excelencias,
Obtuvo ó compró una toga
Y grande fama con ella.
Dióse con brio á las leyes,
Y aunque legislaba á tientas,
Dió brujas al santo oficio
Y vagos á las galeras.
Dióle además la mania
Para adquirir pronta y buena
Fama en la corte, de hacer
En las mozas una leva.
Echó pues infatigable

Tras damas de vida incierta
Que tienen por mayorazgos
Lo que de vivos heredan.
Para lo cual de alguaciles
Tenia en campaña puesta
Multiplicada falange
En tales ojeos diestra.
Mas aunque asaz blasonaba
De rectitud justiciera,
Y andaba en continuo acecho
Con astuta diligencia,
Del vulgo siempre maligno
Murmuraban malas lenguas
Que dejaba las bonitas
Y desterraba las feas.
Mas esto alababan otros,
Exponiendo en su defensa
Que así atendia celoso
De la corté á la belleza.
Y andaba en esto muy justo,
Pues la hermosa ura completa
Cuanto hay necesario y útil
En esta vida terrena.
¡ Pero lo que son las cosas
De mezquindad y de tierra !
La que mas firme parece
Por fragilidad se quiebra.
Este don Lope, que espanto
De las cortesanas era,
Su oro gastaba en secreto
Pródigamente con ellas.
Y á pesar de su faz torva,
De su voz ronca y severa,
Y de su amor á las leyes,
Y timorata conciencia,
Se le bailaban los ojos
Al dar con una mozuela
Morenilla y vivaracha,
Desenfadada y resuelta.
Y como hiciese su encuentro
Por alguna callejuela
Excusada y solitaria,
Fingiéndolo tomar las señas
De cualquier casa, tendia
Por el embozo tras ella

Los encandilados ojos,
Y ¡ qué cintura ! ¡ qué pierna !
¡ Qué rizo tan bien tirado
Al rededor de la oreja.... !
¡ Qué de perfecciones lindas
En la vision pasajera !
Mas no eran todas las gracias
Del jóven golilla estas,
Habia otra que era en él
Costumbre y pasion violenta.
Un vicio que conservaba
Allá de su edad primera,
Debilidad ya de antiguo
A la noble jente aneja.
Que era el amor desmedido
A las damas de comedia,
Y en su falta á las graciosas,
Además de las boleras.
Porque siempre apetece
Lo que mas léjos se muestra,
Lo que menos encontramos
Que á nosotros se asemeja,
Lo de que entendemos menos
Costumbre ó naturaleza.
Por lo que vemos continuo
Conjunciones tan diversas,
Y voluntades tan locas
Por las cosas mas opuestas,
Como enanos por caballos,
Y robustos por recetas,
Y jorobadas por bailes,
Y los pobres por apuestas;
Y duques por bailarinas,
Y por payasos duquesas.
Que hay quien gusta de unas caras
Barnizadas como puertas,
Y á merced del albayalde
Hechas blancas de morenas,
Y de unos ojos que brillan
Bajo dos postizas cejas,
Y de unos ahuecadores
Convertidos en caderas,
Y de unos rizos espesos
Añadidos con destreza.
Y de un punto de que el sastre

Forma pechos, brazos, piernas,
Y cinturas á su gusto
Y al de la flaca ó la gruesa,
Y dá académicas formas
A gente de alambres hecha.
¡Qué diablos! cada cual halla
Donde quiere la belleza,
Y todo es farsa en el mundo
Como dice la comedia.

Y si á don Lope esto agrada
¿A quién su gusto interesa?
Al cabo con ellas anda
Trastornada la cabeza.
¡Qué pié tiene la Felisa!
¡Qué mirada la Lucrecia!
¡Qué movimientos Aurora!
¡Y qué voz la Berenguela!
Pero sobre todas Diana,
Y sobre Diana Sirena.
¡Qué gracia en la pantomima!
¡Qué rapidez en las vueltas!
¡Y qué garganta! ¡y qué todo....!
Desde el momento de verla
Con la vara y la golilla
El buen don Lope dió en tierra!
¡Y qué diablos hay que hacer!
Somos hijos de flaqueza,
Las tentaciones son graves,
Y son cortas nuestras fuerzas.
Cerró don Lope los ojos,
Y tomadas sus secretas
Medidas, abrió sus arcas
A la danzante hechicera.
Cruzáronse para el caso
Dos virtuosísimas dueñas
Corredoras de placeres,
Y lebreles de monedas.
Y en fin por pasos contados,
Y por doblones sin cuenta,
Llegó el juez hasta las plantas
De la bailarina bella.
Tanto mas, cuanto que á ser
La cosa de otra manera
Hubiera bailado un solo
Con música de la empresa.

Pues los golillas de entonces
En un dos por tres pudieran
Hacer de un corchete un santo,
Y un testigo de una piedra.
En tal estado se hallaban
Los asuntos de Sirena
Con don Lope, él visitándola
Y recibíendole ella,
Cuando una noche, á deshora
Y estando de sobre-cena
Cruzándose las sonrisas
Por detrás de las botellas,
En el mas dulce coloquio,
Del aposento la puerta
Se abrió repentinamente
Y entróse don Juan por ella.
Y diciendo *buenas noches*,
Señoras, y echando á tierra
Capa y chambergo, sentóse
Sin ceremonia á la mesa.
Quedaron los tres mirándose,
Descolorida Sirena,
Don Juan con franco descaro
Y receloso Aguilera.
Así estuvieron un punto
Y sin comprender apenas
Don Lope y la bailarina
Del de Alarcon la presencia.
Hasta que una carcajada
De éste, á todo trapo suelta,
Cambió del todo por último
La situacion de la escena;
Cesó de reir don Juan
Y dijo de esta manera,
Cada cual dando á su tiempo
A sus palabras respuesta.

DON JUAN.

Sepamos con quien se habla,
Señor hid: lgo. En Palencia
Soy yo don Juan de Alarcon,
¿Quien sois vos en esta tierra?

DON LOPE.

Ya hidalgo me habeis llamado.

DON JUAN.

No tengo aun mas que sospechas

De que sois tal por el traje
Y vuestra barba de á terciá.
Mas no es esa la pregunta:
Alrededor de esta mesa,
¿Qué nombre usa su merced,
Sea en otra parte quien sea?
Mas veo que os recatais
Y os haré la delantera
Que es bien que antes os entere
De lo que acontece. Sepa
Pues, señor mio, que asuntos
De mi familia y hacienda
Me obligaron de esta casa
A hacer una corta ausencia.
Ahora bien, sin mas rodeos,
Pues veis que he dado la vuelta
El caso es que aqui sobra uno,
¿Quién pues se va, y quién se queda?
Si es que comprais, declaremos
Nuestra posesion en venta,
Si lo debéis á la suerte,
La suerte entre ambos resuelva,
Y ó al que le toque la pierda,
O quien dé mas se la lleva,
O de quererla los dos
Espada en mano y afuera.
Elegid.—

El juez que en tanto
Todas sus razones pesa
Y en todo evento prefiere
No dar razon de quien sea,
Dijo, convengo en tirarlo
Al azar.

—Enhorabuena.
Echóse don Juan al punto
La mano á las faldriqueras
Y dijo al sacarla:—veamos
Yo dejo el puesto si acierta.
¿Hay pares ó nones?

—Pares.
—Contad pues esas monedas,
Y echó don Juan en un plato
Nueve onzas en nueve piezas.
—Perdi, dijo el juez, y el otro
Que adivina lo que piensa,

Dijole: meted espadas
Si los oros no os contentan.
—A poder en este instante
¡Juro á Dios que las metiera!
—¿Qué inconveniente teneis?
Declaradlo con franqueza,
Que aunque siempre estoy á punto
De empezar una quimera
Cuando me señalan plazo
Ninguno me mete priesa.
Miróle el juez de soslayo,
Y por bajo de las cejas
Chispeándole los ojos,
Tomó á espacio la escalera.
Oyéronse sus pisadas,
Irse alejando por ella,
Y oyóse alzar la aldaba
Y el golpe que dió en la puerta.

SIRENA.

¡Señor don Juan, qué habeis hecho!
Todo lo habemos perdido.

DON JUAN.

¿Pues quién es? ¿es tu marido?

SIRENA.

No.

DON JUAN.

Pues justo es mi derecho.
Ya visteis que le propuse
Para adquirirse tu amor,
Azar, dinero y valor,
No hay pues de que se me acuse.

SIRENA.

¡Ay, don Juan, que lleva ese hombre
La intencion mas depravada!

DON JUAN.

¿Acaso estoy sin espada?

SIRENA.

Cuando yo os diga su nombre
Temblareis.

DON JUAN.

¿Su nombre acaso
Es un volcan ó una mina,
Que está ardiendo á la sordina
Y esperando nuestro paso?

SIRENA.

Ese hombre á quien provocais
Es el alcalde Aguilera.

DON JUAN.

No me parece una fiera.

SIRENA.

¡Ay de vos si con él dais!

DON JUAN.

Y ay dél si conmigo dá!
Mas niñerías aparte,
Puesto que vuelvo á encontrarte,
Di, niña, ¿cómo te vá?

—Bien, ¿y á vos?

—Famosamente.

—¿Y Margarita?

—No sé

¡Vive Cristo! ni quién fué
La tal mujer.

—Bravamente.

¿Y don Gonzalo?

—¡Buen lance

El suyo! ¡y qué bien riñó!
Mas para otro mundo echó,
Y ya el diablo que le alcance.
—¿Le matásteis?

—¿Y qué hacer?

Se empeñó en hallar venganza
A causa sin esperanza,
¡Qué habia de suceder!
—¡Pobre muchacho!

—¡Eh! dejemos

En paz á quien ya no existe,
Y que no llegue lo triste,
Sirena, á tales extremos.

¿Que te importa don Gonzalo,
Mientras yo contigo esté?
Paréceme por mi fe

Que no va el mundo tan malo.

Bebe, y levanta esos ojos
A la luz de la bugia,
Volvamos á nuestra orgia,
Y... echemos estos cerrojos
Por si acaso.

—Y esto hablando

Don Juan, cerró bien las puertas,

Llenó su vaso, y... no pudo
Mas alcanzarse de afuera.
Porque sin duda cansado
Del viaje, abrevió la cena,
Y en brazos cayó del sueño
Tras de poca resistencia.

Las nueve daban apenas
De la mañana siguiente,
Y don Juan con la Sirena
En pláticas bien alegres
Concluido el desayuno
Estaban entreteniéndose,
Cuando interrumpió su gozo
Inesperado accidente.
Pálida y despavorida
Llegó la doncella Irene
Diciendo: ¡señor, salvaos!

—¿Qué dices, loca?

—Que vienen

A prenderos.

—¿A mí?

—A vos.

Y os acusan de una muerte
Hecha en esta misma calle.
Sirena, ¿qué enredo es este?
¡Ay! ¡huid, don Juan, huid!
Y no extrañéis que os recuerde
La muerte de don Gonzalo.
—¡Vive Dios!

—Ved que quien quiere

Prenderos es Aguilera.

¡Él! ¡por vida mía! ¡que entre!

—Ved que son muchos.

—No importa.

—Por Dios, don Juan.

—¡Bah! tenerse

Siempre á mi espalda y dejarlos.

Y asiendo bizarramente
Su larga espada don Juan,
A abrirlas la puerta fue.
Presentóse en ella al punto
Don Lope con sus lebreles,
Y grande acompañamiento
De curiosos y de gentes

Y en sus miradas de triunfo
Bien claro don Juan advierte
El poder que la venganza
Dentro de su pecho ejerce.
Pero no es hombre don Juan
Que á nadie en orgullo cede,
Y así con desden altivo
Aguarda á que el juez empiece;
El cual con sonrisa doble,
Que harto á burla se parece,
De esta manera le dice,
Y don Juan á él de esta suerte:

DON LOPE.

—¿Quién es don Juan de Alarcon?
—Yo soy, buen hombre, ¿qué quiere?
—Que se dé al rey.

—¿Con qué causa?

—Hoy su majestad pretende
Que en un sillón duradero
En su presencia se siente.
—Pues dadle al rey muchas gracias,
Que yo no quiero de reyes
Mas que los bustos que corren
En sus monedas.

—No intente,

Señor galán, resistirse,
Que en sangre teñidas tiene
Las manos, y de un tal Bustos
He sido yo algo pariente.

—¡Hola! ¿Sabeis esa historia,
Y esa sangre os pertenece?
Pues no intentéis, seor golilla
Que con la vuestra se mezcle,
Porque quien vertió la una
A verter otra se atreve.

—¡Ea, mancebo, ya basta!
¡Espada y persona entregue,
O vive Dios!...

—Norabuena,
Por ella quien guste llegue,
Que por el puño la tengo.

—Pues á él, ministros, prendedle.

—Pues, señor juez, adelante,
Y salga lo que saliere.

Así diciendo don Juan
Con la cuadrilla arremete,
Sentando en ella sin tino
Estocadas y reveses.
Y en vano se le antepone
Densa nube de corchetes,
De escribanos y testigos,
Él tira siempre de frente,
Y en dos minutos despoja
De bultos el gabinete,
Y huye espantada la turba
Al rey invocando siempre.
Desmayóse la Sirena,
Rompió en clamores la Irene,
Y en un momento en la calle
Se arremolinó la gente.
Rejas y balcones se abren
Al ruido, y todos haciéndose
Pregunta sobre pregunta,
Mas todos sin entenderse.
Quién huye despavorido
Sin saber de lo que teme,
Quién oye estúpido y mira,
Quién bravea sin moverse
Desde la calle entre tanto
Que nada vé ni comprende.
Ayes y votos se escuchan,
Estoques por alto vénse,
Y bocas abiertas dando
Órdenes que nadie atiende.
Miran todos á la casa
Por fuera de las paredes,
Como si á través pudieran
Ver lo que dentro sucede,
Y el dintel los alguaciles
A pasar sin atreverse
Se desgañitan de miedo,
Y al auditorio ensordecen.
Al fin por sobre el gentío
Viéronse llegar ginetes
Atropellando la turba
Y armados hasta los dientes.
Doblaron los alguaciles
Sus roncas voces al verles,
Y oyéronse maldiciones

De la magullada plebe.
Y en tanto en una antesala
Don Juan esgrime y revuelve
Contra tres que cara le hacen,
Con el juez que se defiende;
Pues insultado Aguilera
Por él, y mofado al verse
Tiró el baston y echó mano
Al estoque bravamente.
Mas es muy diestro don Juan
Y en tal posicion se tiene,
Que espada y daga empuñando
De tal modo les ofende,
Que no desperdicia un golpe
Ni un pié de terreno pierde.
Dá, cía, pára, se cubre,
Amaga, recibe, vuelve,
Al uno tira de punta,
Al otro á ravés le hiere,
Y al fin con un doble amago
Al de Aguilera sorprende,
Y en la tetilla derecha
Honda estocada le mete.
Cayó don Lope y los otros
Que por él lidian, al verle
Doblaron contra don Juan
Con rabia, aunque inútil siempre
Pues él que vé su venganza
Cumplida, y abajo siente
Caballos, tal les acosa,
Que al uno le desguarnece,
Derriba al de la derecha,
Y sobre el tercero llueve
Tal tropel de cintarazos,
Y con voz tan insolente
Les insulta y les confunde,
Que aturdidos los pobretes
Huyeron al fin mohinos
Y zurrados malamente.
Entonces don Juan, que nunca
Su peligro desatiende,
Ni pierde el tino en su ira,
Con mano asaz y diligente
Cerró las puertas, y astuto
Buscó balcon que cayese

A otra calle, y por las rejas
Descolgóse osadamente.
Gritó un hombre que pasaba,
Pero no pudo dos veces,
Porque don Juan levantándose
Tendióle de un golpe inerme.
Miró, y eligió camino,
Se embozó bien, y metiéndose
Por una calle escusada,
Para su posada fuese.
Tomó el caballo en que vino,
Salió de Toledo al puente
Y echó á escape, encomendándose
A su brío y á su suerte.

Echó la justicia mano
De Sirena y de la gente
Que halló en su casa; crecieron
Los procesos como peste,
Y concluyóse la causa
Al concluir nueve meses,
Y en ella los que quedaron
Pagaron por los ausentes.
Del juez y de don Gonzalo
Las averiguadas muertes
En una sola sentencia
Se vengaron de esta suerte:
Condenóse allí á don Juan
A morir, si se le hubiere:
Mas nadie pensó en buscarle,
Como continuo acontece.
A Sirena por diez años
A reclusion, y por siete
A la criada, mandando
Que al de Aguilera lo entierren.

Con que se salva quien corre,
Y acierta quien se defiende,
Y está visto, la fortuna
Solo ayuda á los valientes.

Hundia el sol su disco refulgente
Tras la llanura azul del mar tranquilo,

Dando sitio á la noche, que imprudente
Presta con sus tinieblas igualmente
Al crimen manto y al dolor asilo.
Y allá en ocaso al espirar el día
Con su postrera luz reverberaba,
Y del inquieto mar se despedía,
Y de la tierra que á lo léjos via
Que de las sombras en poder quedaba.

Alcanzábase á Cadiz la opulenta
Blanqueando débilmente entre la bruma,
Sentada á flor del agua turbulenta,
Como queda despues de la tormenta
Témpano errante de perdida espuma.
Y aun se podian distinguir apenas
Los altos y movibles masteleros
Por cima y en redor de sus almenas,
Y en alas de las ráfagas serenas
La voz de los cansados marineros.

Mas no bien al crepúsculo indeciso
Tragó la luz de la amarilla luna,
Cuando en cóncavo son tronó imprevisto
Cañonazo de leva, ronco aviso
De nave que invocaba á la fortuna.

Lanzóse una á la mar, y á toda vela
Abandonando el puerto prontamente
Á par del viento favorable vuela.
Y á la luz clara que en la mar riela
Se la mira vogar tranquilamente.

A Italia va. Dichosos los que aguardan
A su playa feliz llegar en ella,
Y el tiempo cuentan que en mirarse tardan
Bajo el benigno sol de Italia bella.

A Italia va: pais de los placeres,
Encantado vergel rico de flores,
Vivienda de hermosísimas mujeres,
Patria feraz del genio y los amores.

A Italia va don Juan ¿ y á dónde iria
El osado y amante pendenciero,
A prolongar su interminable orgía
Y á gastar su existencia y su dinero?

A Italia, si; porque en Italia mora
El amor, la molicie y la pereza;
A Italia, si, donde el placer se adora
Altars levantando á la belleza.

A Italia va don Juan. ¡ Cuánta esperanza,
Cuánta ilusion de amor y de ventura,
Lleva en su corazon, que nunca alcanza
Fin á la dicha ni al placer hartura!

Atrás queda y burlada la justicia,
Atrás los muertos que dejó lidiando;
Mas la suerte con él marcha propicia
Cabo feliz á cuanto emprende dando.

SIRENA, MARGARITA... ¿ quiénes fueron?
Ya sus nombres le son desconocidos:
Su amor y sus encantos se perdieron
Un momento despues de conseguidos.

A Italia va don Juan. La España toda
Llena tras él de sus memorias queda,
Solo volver á España le acomoda
Cuando amar, ni reñir, ni gozar pueda.

« Mientras es jóven (dice) mientras lleve
« Deseo el corazon y oro el bolsillo,
« Lanzarse el hombre á los deleites debe
« Del sol de su fortuna al falso brillo.

« El placer es mi Dios; mi alma desea
« Para solo gozar larga la vida,
« Cuando sin oro y sin placer la vea
« Como una inútil prenda envejecida.

« Con estóica calma indiferente
« Despojareme de ella, convencido
« De que al que un aura de placer no aliente
« Le debe de bastar lo que ha vivido. »

Tal es don Juan y tal el pensamiento
Que á la risueña Italia le conduce,
Reñir, amar, beber, hé aquí su intento,
Gozar solo es vivir; de ello deduce.

A Italia va don Juan; ¿ y á dónde iria
En verdad el amante pendenciero,
A prolongar su interminable orgia
Y á gastar su existencia y su dinero?

IV.

Fuése á Italia don Juan, lector querido,
Y aquí cierra su historia su cronista,
Que seguirle hasta Italia no ha podido;
Lo cual, bien sabe Dios, que me contrista.